

## **Ensayo: Crisol**

*Cuando la más leve esperanza se hizo posible, el dominio de la peste terminó.*

- Albert Camus, "La peste".

### **Introducción**

Las peores catástrofes son las mayores oportunidades para arrancar de raíz aquello que nos impide convertirnos en una mejor versión de nosotros mismos, como individuos y como nación mexicana. Así como el campesino que hace arder el yermo para preparar la siembra de una cosecha fértil, debemos consagrarnos a la idea del cambio repentino, inesperado y a veces incontrolable para lograr este objetivo. Si bien el costo humano (y económico, de forma secundaria) se anuncia terrible, debemos confiar en nuestra propia capacidad de sobreponernos a las dificultades, como ha hecho el pueblo mexicano ante ellas, tradicionalmente. Los que superan los peores desastres salen del otro lado fortalecidos, quizá con vigor incluso renovado para hacer frente a la nueva realidad. El mexicano no debe abandonarse a la desesperanza.

### **Desarrollo**

México, a través de su historia, ha sufrido los peores saqueos, pestes, hambrunas, sequías, masacres, genocidios, represiones, dictaduras, y helo aquí, ante el mundo, con las cicatrices visibles, pero de pie y con dignidad absoluta. Una de estas plagas más recientes (y quizá la de mayor costo económico) fue el periodo neoliberal de aproximadamente 40 años por el que transitó México en años recientes. Una de sus herencias más nefastas fue el debilitamiento sistemático, progresivo e inexorable de la red de seguridad social de los mexicanos, en nombre del favorecimiento de oligarcas a través de redes de corrupción. Me parece importante recalcar este punto, ya que dicha ideología (a todas luces estéril y aún hoy defendida nostálgicamente, a capa y espada, por zelotes de la economía neoliberal) ha dejado en un particular estado de vulnerabilidad e indefensión ante la pandemia presente a sectores enormes de la población mexicana. Afirma Streeck (2016): "El capitalismo siempre fue un orden frágil e improbable que dependía de un trabajo de reparación continua para su supervivencia. Hoy, sin embargo, muchas de sus debilidades se han agudizado simultáneamente, mientras que demasiados remedios para ellas se han agotado o destruido. [...] El fin del capitalismo puede, entonces, ocurrir como una muerte por mil pequeños cortes, de múltiples enfermedades, cada una de las cuales será aún más intratable, ya que todas exigirán atención al mismo tiempo." Quizá uno de estos pequeños cortes sea la pandemia, evidenciando la necesidad imperiosa de proveer de servicios de salud dignos a toda la población mexicana, separados del afán de lucro o el evidentemente fallido modelo de aseguramiento asociado al empleo; el sector informal no puede acceder a él, y quien pierde su trabajo en una pandemia, pierde el acceso que tenía.

Además de esto, el afán de lucro como fundamento de los servicios de salud, a su vez vistos como mercancía y no como bien público, ha resaltado la escasez de materiales (como equipo de protección personal para los profesionales de la salud, incluso en los países llamados *desarrollados*) que se sufren en consecuencia. Como afirma Ahmed (2020): "El trabajo nunca debe ser realizado a expensas de la salud de un individuo ni de la salud pública." Si esta máxima se cumpliera, habría hospitales de máximo renombre en Estados Unidos (en los que hoy el equipo de protección personal se integra con bolsas de

basura, Bowden (2020): “El coronavirus mata a un trabajador en hospital de Nueva York donde las enfermeras usan bolsas de basura como protección.”) donde no habría personal disponible para atender a los pacientes que sufren cuadros graves o críticos de SARS-COVID-2, por falta de equipo de protección adecuado. La presión y angustia que deben sufrir estos profesionales de la salud es casi inimaginable: retirarse el uniforme, sabiendo que llegaran a casa posiblemente asintomáticos y que podrían, con un beso o un abrazo, contagiar a sus hijos o a sus parejas, o a sus padres y, subsecuentemente, la posibilidad de perder sus vidas.

Los que no son profesionales de la salud, viven hoy en la zozobra de buscar información veraz, filtrada a través de un ciclo noticioso que busca, a través de noticias abiertamente falsas o con encabezados impactantes que tienden a alarmar a la población, como señala Magary (2020): “Puedes esperar que los periodistas nos salven al decir la verdad al poder. Oh, pero lo siento. Verá, los únicos periodistas que quedan trabajando ahora son poderosos traficantes de acceso [a la información] cuyo orgullo y predilección por sanear verdades básicas bajo el pretexto de la objetividad los han dejado abiertamente desconfiando de expertos con credibilidad [...] de la misma manera que lo haría el presidente [Trump]. Por lo tanto, es lógico que vean con calma cómo sucede un holocausto en cámara lenta, en lugar de atreverse a hablar al respecto.” La población de más baja posición socioeconómica es la que se encuentra en la mayor vulnerabilidad ante las campañas de desinformación. Como ilustra Ahmed (2020): “Las poblaciones pobres que carecen de acceso a los servicios de salud en circunstancias normales son las más vulnerables en tiempos de crisis. La información falsa y la falta de comunicación afectan desproporcionadamente a las personas con menos acceso a los canales de información, por lo que es más probable que ignoren las advertencias sanitarias del gobierno. Con la introducción de medidas de distanciamiento físico, la cobertura doméstica de [servicios públicos como] el internet debe hacerse omnipresente.” El internet es, hoy en día, un servicio que también debería integrarse como bien público y no como mercancía vulnerable a la censura y al acceso diferenciado, con la obtención de una ganancia económica inmediata como limitante para garantizar acceso a poblaciones remotas o de bajos ingresos, de los cuales difícilmente se obtiene beneficio en el corto plazo al instalar conexiones a internet. Esto demuestra de nuevo la miopía de un sistema que está al servicio de los pocos en detrimento de los muchos.

Hemos visto ejemplos poco honrosos en nuestro país de discriminación (e incluso agresión física) a quien está infectado de COVID-19, junto con el personal de salud que entra en contacto con estos pacientes. Como señala Momplaisir (2020): “Al lidiar con la epidemia del VIH [...] aprendimos que el estigma puede ser tan mortal como la enfermedad misma. Esta pandemia pasará; lo que permanecerá es el daño creado al etiquetar a las personas extranjeras como peligrosas, al ponernos a nosotros mismos primero y a los demás al final. [...] Ahora no es el momento de tener esta mentalidad de *nosotros contra ellos*.” No podemos permitirnos despilfarrar esfuerzo y ánimo en persecuciones absurdas de quien sufre una enfermedad, ni hoy ni nunca. Esta suerte de búsquedas del quimérico bienestar individual en perjuicio del prójimo es antidemocrático y claramente reprobable.

Si todas estos ámbitos se pueden señalar como áreas de oportunidad del sistema (en el vernáculo neoliberal popular) e incluso sus áreas de éxito se logran solamente aumentando la desigualdad y el número de personas sumidas en la pobreza, quizá sea el sistema económico entero el que requiere modificaciones, y no solo uno de sus aspectos.- Como

cuestiona Wolff (2018): “Dados los problemas de las economías capitalistas en estos días, incluidas las desigualdades extremas en la distribución de ingresos y riqueza, las inestabilidades macroeconómicas, el desempoderamiento de los trabajadores y de la comunidad frente al riesgo de fuga de capitales, el énfasis corporativo excesivo en las valuaciones del mercado de valores a corto plazo, etc., parece problemático que los economistas no se hayan preguntado si y cómo las transiciones de las estructuras empresariales capitalistas a otras diferentes podrían ayudarnos a responder a dichos problemas.”

La salud debe ser un bien público y no una mercancía. Darle esta categoría beneficia a quien puede pagar por este servicio, casi tanto como quien no puede. Podemos con cierta certeza afirmar que la zoonosis que originó la infección primera del virus en el ser humano, independientemente de la especie del animal o animales involucrados, se habría evitado si la población mundial tuviese acceso a servicios básicos, como alimento, drenaje y atención médica de calidad. Como señala Haque (2020): “Lo que habría evitado una pandemia eran los bienes públicos mundiales. Nos referimos a: comida decente, saneamiento, atención médica, para cada vida en el planeta. [...] ¿Cuánto costaría realmente darle a cada persona en el planeta una dieta decente, atención médica y un buen saneamiento? Esa es la pregunta equivocada, en cierto sentido. Para pensar económicamente, solo tenemos que preguntarnos: ¿costaría más de lo que costarán las decenas de billones [de dólares] que costará el Coronavirus? [...] La respuesta a eso es obviamente: no.” La prevención de enfermedades, bien entendida, es mucho más efectiva cuando se garantiza a través de los servicios básicos públicos de calidad, y tiene mayor impacto que la erección de clínicas y hospitales, sin restarle importancia a estas últimas. ¿De qué serviría el tomógrafo de un hospital de especialidades al habitante de un poblado que no tiene acceso a agua potable? Thorby señala, desde hace algunos años (2011): “Una crisis financiera podría verse como una oportunidad para la innovación y para adoptar nuevos enfoques para una atención médica eficiente que de otro modo no existiría.” El crisol de la crisis pandémica debe ser motivo de cambios sociales profundos. Estos cambios deben beneficiar al trabajador y al ciudadano de a pie, quedando en evidencia última la ineficacia, la falsedad y la inmoralidad profunda del sistema económico actual y de los oligarcas (con sus huestes mercenarias) que se benefician de su trabajo. El neoliberal defenderá a muerte e incluso atacará feroz a quien cuestione sus axiomas, que ha insertado insidiosamente como verdades incuestionables e impolutas de la academia y la política a través de la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días. “Entonces, ¿me he convertido en tu enemigo al decirte la verdad?” (Gálatas 4:16, Biblia Reina-Valera 1909)

## **Conclusiones**

La inversión intensiva en bienes y servicios públicos de calidad debe ser prioritario para el gobierno de México, incluso beneficiando la macroeconomía a través de medidas contracíclicas de inversión en infraestructura para mitigar y revertir el impacto de la crisis económica que se avizora. Quizá en la mente de alguno de los niños o jóvenes que se benefician de esta infraestructura se encuentra una innovación tan valiosa como una vacuna, y que hoy se encuentra sin posibilidades de acceder a agua potable o a seguridad alimentaria o a la educación pública de calidad. ¡Qué pérdida habríamos tenido entonces!

Solo a través del esfuerzo colectivo, la disciplina, el amor al prójimo, podremos sobreponernos satisfactoriamente al difícil panorama que se avecina, quizás en este crisol,

a través de la transformación bajo la presión de una pandemia y el calor de la dificultad económica, junto con el abandono de los vestigios de dogmas arcaicos, nos sea revelado nuestro verdadero y reluciente valor, ante nosotros mismos, y ante el mundo.

### **Fuentes consultadas**

1. Ahmed, F. (2020). Why inequality could spread COVID-19. *The Lancet Public Health*. doi: 10.1016/s2468-2667(20)30085-2
2. Momplaisir, F. (2020). The COVID-19 pandemic: we are all in this together. *Clinical Infectious Diseases*. doi: 10.1093/cid/ciaa369
3. Bowden, E. (2020, March 26). *Worker at NYC hospital where nurses wear trash bags as protection dies from coronavirus*. Retrieved from <https://nypost.com/2020/03/25/worker-at-nyc-hospital-where-nurses-wear-trash-bags-as-protection-dies-from-coronavirus/>
4. Magary, D. (2020, April 1). *No One Should Want a Return to Normalcy*. Retrieved from <https://gen.medium.com/no-one-should-want-a-return-to-normalcy-a1091120d7d8>
5. Haque, U. (2020, March 23). *We Need a New Economics (For Catastrophes Like Coronavirus)*. Retrieved from <https://eand.co/we-need-a-new-economics-for-catastrophes-like-coronavirus-593509cf5410>
6. Thorlby, R. (2011). *Managing health reform through an economic downturn*. Research summary. London: Nuffield Trust.
7. Streeck, W. (2016). *The post-capitalist interregnum: The old system is dying, but a new social order cannot yet be born*. *Juncture*, 23(2), 68-77.
8. Wolff, R. D. (2018, April). *Democracy and the (Ir) responsibility of Economics*. In *Forum for social economics* (Vol. 47, No. 2, pp. 220-223). Routledge.